



XI

J sucedió que á mediados de Junio del 86, llegó á Chartley con orden de instalarse allí, dada por el mismo Walsingham, un hombrecillo de unos treinta y tantos años, ruin de cuerpo, picado de viruelas, de pelo amarillo oscuro, barba amarilla clara, y grandes espejuelos que denotaban su cortedad de vista. Era esta repugnante criatura el falsificador Phelipps, espía y alma condenada de Walsingham, tal como le describe la misma María Estuardo en una carta á su administrador en Francia Morgan: «*Il est, dice, de petite stature, et d'apparence toute chétive: il a les cheveux d'un jaune obscur, la barbe d'un jaune clair, le visage mar-*

qué de la petite vérole, la vue courte et paraît âgé de trente trois ans».

Traía el falsario en una especie de maletín de viaje todos los enseres de su infame oficio, y traía también, sobre todo, la clave que usaba á la sazón en su correspondencia la Reina de Escocia, vendida á Walsingham por el miserable secretario de la Embajada francesa, Chereilles. No es extraño, por lo tanto, que á los pocos días de la llegada de Phelipps y su armamento, el 25 de Junio, saliese de Chartley la primera de las dos cartas de María Estuardo á Babington falsificadas por Phelipps. En esta carta, breve y sencillísima, limitábase María á dar las gracias á Babington por sus pruebas de adhesión, y á encargarle la tuviese al corriente de todos los planes de los conspiradores.

Difícil es poner en claro si esta carta fué realmente enviada á Babington para arrancarle su comprometedor respuesta del 6 de Julio, ó si esta misma respuesta fué también otra segunda falsificación, mucho más infame, del raposo Phelipps. De todos modos, es lo cierto que el día 7 de Julio ya tenía Walsingham en su poder la terrible carta de Babington, falsa ó verdadera, que había de perder á la Reina de Escocia.

En esta larga carta, cuidadosamente cifrada, refería Babington á la Reina todo lo que se

había hecho en su favor desde la llegada de Ballard: exponíale los medios con que contaba para libertar su persona, desembarazarse de Isabel y sublevar el país de Gales y los condados de Lancaster, Darby y Stafford. «Yo mismo, añadía, con diez caballeros de mi amistad y otros cien de nuestra dependencia y conocimiento iremos á libertar vuestra real persona de manos de sus enemigos. *En cuanto á lo que se refiere á deshacerse de la usurpadora*, de cuya obediencia estamos libres por la bula de excomuniación del Santo Padre, hay *seis caballeros* de cuenta, todos amigos míos íntimos, que por celo de la causa católica y del servicio de V. M. están dispuestos á sacrificarla trágicamente. Convendría, sin embargo, que yo pudiera asegurarles, en nombre de V. M., que su heroica empresa será noblemente recompensada en ellos mismos, si escapan con vida, ó en sus sucesores si llegan á perderla».

Á esta carta, que ya fuese real ó fingida, no llegó nunca á manos de María Estuardo, contestó Phelipps, usurpando el nombre de ésta, primero con una lacónica respuesta dando gracias, y después con una larga carta, fechada el 17 de Julio. En esta última, obra maestra de la habilidad de Phelipps, alababa la Reina el celo de Babington y sus compañeros, y apro-

baba su empresa. Hacía varias observaciones sobre los preparativos de la invasión, así marítimos como militares, y luego añadía: «Importa mucho meditar cómo han de proceder *los seis caballeros en su empresa*, y los medios que han de ponerse en práctica para sacarme de la prisión».

Insistía mucho á renglón seguido, en la necesidad de entenderse con D. Bernardino de Mendoza, para no intentar nada antes que estuviese preparado del todo en Inglaterra el levantamiento de los católicos, y en el continente la invasión de los españoles. «Una vez dispuestas estas cosas, decía, será necesario *que los seis caballeros pongan mano á su empresa*, y que, una vez efectuada ésta, se procure cuanto antes sacarme de aquí, y que todas vuestras fuerzas se pongan al mismo tiempo en movimiento para recibirme y protegerme mientras no llega el socorro de los extranjeros, que será necesario apresurar con toda diligencia. Y como no se puede señalar un día fijo *para lo que los seis caballeros tienen que hacer*, convendría que tuviesen siempre consigo, ó á lo menos muy cerca, cuatro hombres decididos y bien montados, que avisen sin tardanza el éxito de la ejecución á los encargados de sacarme de aquí, á fin de que puedan llegar éstos antes de que mi

guardián tenga noticia de la dicha ejecución, ó á lo menos antes de que pueda fortificarse en el castillo. Igualmente convendría que fueran estos avisos dos ó tres, y que vinieran por distintos caminos, para que si detienen á uno puedan pasar los otros, cuidando al mismo tiempo de cerrar el paso á los propios y correos ordinarios».

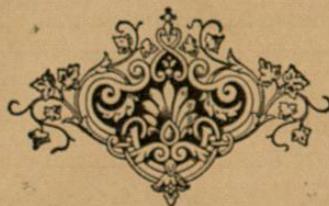
Indicaba luego la Reina tres medios distintos para sacarla de su prisión de Chartley: consistía el primero en atacar con cincuenta ó sesenta hombres bien armados y montados á Sir Amyas Paulet, cuando saliese un día de paseo con ella y con su escolta de dieciocho ó veinte caballos. Era el segundo el de prender fuego por la noche á las granjas y establos del castillo, de modo que pudieran librarla las gentes de Babington á favor de la confusión; y reducíase el último á que los conjurados, disfrazados de carreteros, entrasen por la mañana en Chartley guiando los carros que llegaban diariamente al amanecer; volcasen los carros en la gran puerta del castillo, de modo que no pudieran éstas cerrarse, y la gente armada de Babington se precipitase entonces dentro, haciéndose dueños de la fortaleza.

Todas estas cartas fingidas hacíalas pasar Phelipps por mano de Gifford como las otras

auténticas de la correspondencia de la Reina, y descifrábalas él mismo delante de Sir Amyas Paulet, dándoselas por verdaderas; con lo cual quedaba la abominable comedia solamente entre el propio falsificador y el secretario Walsingham. Por eso escribía á éste con la mayor buena fe el fanático puritano Paulet después de remitida esta carta, que había de perder á la Reina: «El Señor ha bendecido mis esfuerzos, y mi gozo es grande al ver recompensados así mis fieles servicios. Creo firmemente que la Reina y sus graves consejeros sabrán aprovechar esta misericordiosa providencia de Dios para con S. A. y la Inglaterra». Y el día antes, 19 de Julio, escribíale también el cínico Phelipps, enviándole la copia de esta horrible impostura que coronaba su obra: «Espero que Vuestro Honor dispondrá pronto el arresto de esta Reina, á fin de que yo pueda disponer ya de mi persona... Ya tenéis ahora bastantes papeles. Quiera Dios que S. M. tenga el heroico valor que exigen la venganza de la causa de Dios, su propia seguridad y la del Estado».

Mas nada prueba tanto el cinismo de este repugnante falsario y el asqueroso compadraje que entre él y Walsingham existía, como la siguiente frase de una carta de aquél á éste, escrita á los pocos días de su llegada á Chartley:

«Ayer salió ella (María Estuardo) en su carroza, y yo la he saludado al paso con agradable sonrisa, acordándome de aquel verso: *Cum tibi dicit ave, sicut ab hoste cave*. Cuando te saluda guárdate de él como de un enemigo».





XII

DEGUÍA la Reina Isabel pasó á paso aquellas maquinaciones de Walsingham, y dejábalo todo correr de buen grado, deseando, como él, prender á María Estuardo en las mismas redes que á Babington. Mas cuando vió por los últimos informes del secretario la invasión extranjera á las puertas de Inglaterra y su vida amenazada de cerca, pues dicho sea en descargo suyo, todas estas tramas de muerte se las presentaban y exageraban á ella como reales y verdaderas, espantóse grandemente, creyendo con harta razón que el más leve descuido podría dar al traste con su corona y con su vida, y dió orden á Walsingham de cortar al punto la conjura y proceder sin demora á la prisión y castigo de los culpables.

No quería, sin embargo, el secretario espantar la caza harto pronto, pues era su proyecto sorprender repentinamente los papeles de la Reina de Escocia. Fué, pues, muy poco á poco, con astuta hipocresía, para no despertar la alarma antes de tiempo, y comenzó por dar orden á su espía Maud de denunciar á Juan Ballard; mas no como conspirador sino como sacerdote católico, contraventor de las leyes del reino. No era, sin embargo, tan fácil prender al precavido Ballard, que no dormía dos noches seguidas bajo un mismo techo, ni usaba el mismo disfraz más de un día, y tuvo tiempo por lo tanto el perseguido sacerdote para avisar holgadamente á Babington la traición del espía.

Alarmado Tony, fué precipitadamente de Londres á San Gil para poner á buen recaudo algunas cosas que allí había, y dar la voz de alerta á sus nobles compañeros. Reuniéronse allí todos ansiosos y perplejos, por no saber hasta qué punto llegaba la traición de Maud. Si Walsingham lo sabía todo, era necesario huir sin pérdida de tiempo y abandonar por entonces el proyecto de libertar á la Reina de Escocia: mas si Maud no había hecho otra cosa que denunciar á Ballard como sacerdote, según las apariencias indicaban, era la huída comprometer del todo la conspiración, que podía muy bien

triunfar aún, apresurando el desenlace con supremo y vigoroso esfuerzo.

La audacia y la generosidad de Tony Babington hicieron cesar al cabo todas las perplejidades: conocía él y trataba á Walsingham, y resolvió presentarse á éste atrevidamente con cualquier pretexto. Si el secretario estaba al tanto de la trama, indudable era que le prenderían, y esto podía servir de señal á sus compañeros para tomar la huída; mas si Walsingham le dejaba marchar, señal era de que lo ignoraba todo, y podrían aún reorganizar la conspiración y conseguir el triunfo.

Marchó, pues, Tony Babington á Greenwich, donde se hallaba Walsingham con la Reina, y acompañáronle Salisbury, Windsor y Tichborne, que no quisieron abandonarle. Al llegar á la vista del palacio, divisaron á lo lejos un grupo numeroso de gente que se agolpaba á la puerta, formando calle hasta la grandiosa escalinata que servía de embarcadero en aquella orilla del Támesis: los *yeomen* de la Reina, formados en dos hileras, ocupaban, alabarda en mano, desde el uno hasta el otro extremo. Atracada á la escalinata, hallábase la gran falúa de la Reina, con su magnífico dosel de terciopelo bordado de oro, sus ricas tapicerías que colgaban á babor y estribor hasta mojarse en el agua, y el estandarte

real de Inglaterra izado en la popa: á su lado había otras tres barcas, también empavesadas ricamente, dispuestas para los personajes de la corte.

Detuviéronse los cuatro amigos á buena distancia, comprendiendo que la Reina iba á dar por el Támesis uno de aquellos fantásticos paseos que tanto la gustaban, y que con ella iría sin duda Walsingham. No pudo, sin embargo, Tony Babington refrenar por más tiempo su inquietud, y determinóse á entrar en palacio, según era su derecho, y hacerse encontradizo con Walsingham donde quiera que le topase. Convino, pues, con sus amigos en que si media hora después de haber salido la Reina, no estaba él de vuelta en aquel mismo sitio, lo diesen todo por perdido y corriesen á Londres para avisar á los compañeros, y que cada cual se pusiera en salvo como mejor pudiese.

Abriéronse al cabo las anchas puertas del palacio y comenzaron á salir muy gravemente hasta una docena de ujieres, y en pos de ellos los oficiales nobles de la guardia; detrás venía la Reina, vestida como siempre, con real magnificencia, y procurando ocultar con afeites y pinturas los estragos de sus cincuenta y cuatro años. Dábala el brazo su tío materno el anciano Lord Hunsdon, y seguía un brillante cortejo

de damas y caballeros y graves señores, entre los cuales iba Walsingham.

Aún no había desatracado del muelle la barca regia, cuando se presentó Babington ante sus inquietos compañeros, radiante el rostro de gozo y coloreado aún por la fuerza de la emoción y la violencia de su carrera... Walsingham no sabía nada: hábale visto al salir de un Consejo extraordinario que había retrasado el paseo de la Reina, y recibido de él las mismas pruebas de afecto que siempre.

Ignoraba, sin embargo, el desdichado, que él y sus compañeros habían sido el objeto de aquel Consejo extraordinario, y que por acuerdo allí mismo tomado, salía en aquel momento en posta para Chartley el consejero Guillermo Waad, portador de secretos mensajes de la Reina.

Ignoraba también el pobre Tony, que desde el momento en que se separó de Walsingham, *recibiendo de él aquellas pruebas de afecto*, los espías le seguían paso á paso por orden suya, y estaban allí mismo, á corta distancia, dispuestos á no dejar su pista ni la de sus compañeros por donde quiera que fuesen.

Sucedía todo esto el 3 de Agosto, y el 4 por la mañana prendieron á Juan Ballard: cogieronle al salir de un mesón, donde se había fingido traficante escocés en ganado, que era uno de sus

disfraces favoritos. Atemorizáronse de nuevo Tony y sus compañeros, temiendo que Juan Ballard les delatase en la horrible prueba del tormento, y *dícese* que aquella misma noche fué Babington en busca de Savage.

—¿Qué debemos hacer ahora?, le preguntó.

—Nada, respondió el otro, como no sea matar á la Reina al instante.

—Que me place, dijo Babington; pues entonces ve mañana á la corte y despáchala de una vez.

Disculpóse Savage diciendo que no había arreglado aún el medio de acercarse á la Reina, y *dícese* que entonces le dió Babington un rico anillo y todo el dinero que llevaba, que era mucho, para que sobornase á cualquier empleado de palacio, y le colocara tras una pilastra de la gran galería, con el pretexto de ver á la Reina de cerca.

Savage no hizo nada, sin embargo, y al día siguiente, que fué 5 de Agosto, dieron aviso á Babington de que le andaban buscando. Huyó en aquel momento toda la brillante cuadrilla, cada cual por su lado, hacia una alquería propia de Tichbourne en el bosque de San Juan, y allí les prendieron á todos aquella misma noche, menos á Windsor, y les encerraron en la Torre de Londres.

Mientras tanto, corría el consejero Waad á dobles jornadas hacia Chartley, y deteníase en un paraje solitario, distante aún del castillo, adonde hizo venir con urgencia al guardián de María, Sir Amyas Paulet. Avistáronse ambos personajes en mitad del campo, donde nadie podía escucharlos, ni aun sospechar siquiera su entrevista, y allí dió el consejero á Paulet, con el mayor misterio, las órdenes de la Reina: lo cual iba todo encaminado á que no llegase alarma alguna á los oídos de María, y se apresurase á quemar sus papeles, de que quería Isabel apoderarse por sorpresa.

Presentóse, pues, Paulet el día 8 de Agosto en virtud de las traidoras órdenes de su soberana, á la Reina de Escocia, é invitóla á una cacería con halcones en el próximo parque de Tixal. El día estaba magnífico, el ánimo de la Reina tranquilo y esperanzado, é ignorante por completo de la triste suerte que cabía ya á sus amigos, y hasta su salud, fortalecida por el buen tiempo y la esperanza, daba alguna tregua á su continuo sufrir. Aceptó, pues, con la mayor alegría, encantada de respirar algunas horas aire libre y de moverse y andar con cierta holgura, que le recordaba en algo su perdida libertad. Acompañaban á la Reina en su carroza Juana Kennedy, Isabel Curle y su médico Domingo

Bourgoing; y seguíanla á caballo, con Sir Amyas Paulet, sus dos secretarios Curle y Nau. Cerraban la marcha con los pájaros y perros, los picadores y halconeros que había mandado Sir Walter Ashton, y más lejos venía también la eterna escolta de cincuenta jinetes armados. Ensancharse el corazón de la Reina con el goce anticipado de aquel sencillo pasatiempo, que había sido siempre uno de sus placeres favoritos, y ella misma llevaba en la carroza un soberbio halcón, que quería descaperuzar y arrojar por su propia mano cuando la ocasión llegase.

De repente, en una estrecha angostura que formaba el camino de Chartley á Tisal, cortó el paso á la comitiva un grupo de gente armada, con un caballero al frente. Sobresaltóse un momento la Reina, creyendo que fuesen quizá los salvadores que esperaba; mas bien pronto pudo conocer la nueva felonía de sus verdugos. Adelantóse hasta la carroza aquel caballero, que era Sir Tomás Georges, y puso en su conocimiento que había sido descubierta la conspiración de Babington, y que la Reina de Inglaterra le intimaba la orden de ser conducida al castillo de Tixal. Al mismo tiempo prendieron los soldados á los dos secretarios de la Reina, Curle y Nau, y sin dejarles cruzar una sola palabra con su señora, se los llevaron presos á Londres.

Mientras tanto volvió Paulet apresuradamente á Chartley, donde ya le esperaba el consejero Waad, y ambos entraron con gran aparato de armas y operarios en las habitaciones de la Reina, atropellando á su servidumbre, y deserrajaron armarios, cofres y muebles, para apoderarse de los papeles, joyas y dineros de María y enviarlos cuidadosamente empaquetados y sellados á la Reina Isabel.

Una vez consumado este inicuo despojo, volvieron á María á Chartley, después de diecisiete días de cautiverio en el castillo de Tixal: tuvieronla allí rigurosamente incomunicada en una sola y mezquina pieza falta de luz y de aire. Sospechaba ya María el objeto del engaño con que la habían sacado de Chartley, y cercioróse de ello al encontrar á su vuelta sus armarios destrozados, forzados los cofres, desaparecidos sus papeles y abiertos y vacíos los estuches de sus joyas. Volvióse entonces hacia los que la acompañaban, y mostrando aquel destrozo, díjoles tan solo:

«Dos cosas hay que no podrá robarme nunca vuestra reina... La sangre real que me da derecho á la corona de Inglaterra, y la fe católica que llevo en mi corazón heredada de mis padres».

